

LIBRO QUINTO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que al llegar á Creta supo que Idomeneo, rey de aquella isla, habia sacrificado su hijo único por cumplir un voto indiscreto; que los Cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habian obligado al padre á que dejase el pais; y que despues de largas deliberaciones se hallaban á la sazón congregados para elegir otro rey. Asimismo refiere que los Cretenses le recibieron en aquella asamblea; que ganó el premio en diferentes juegos; que resolvió los problemas que Minos dejó escritos en el libro de sus leyes; y que vista su sabiduría por los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo, le quisieron hacer rey.

DESPUES de haber visto con admiracion este espectáculo, empezamos á percibir las montañas de Creta (1), que apenas podíamos distinguir de las nubes del cielo, y de las olas del mar. Muy luego vimos la cima del monte Ida, que sobresale de los demas de la isla, así como un ciervo viejo levanta en un bosque su ramosa cabeza sobre las de los otros cervatillos que le siguen. Poco á poco fuimos divisando mas claramente las costas de la isla, que se ofrecian á nuestra vista como un anfiteatro. Tan

(1) Creta, hoy Candia, isla del mar mediterráneo, célebre por sus vinos esquisitos, y donde habia en otro tiempo cien ciudades.

descuidado é inculto como nos habia parecido el terreno de Chipre, tan fértil y adornado de todos los frutos estaba el de Creta á beneficio del trabajo de sus habitantes.

Por todas partes veíamos aldeas bien construidas, villas que competian con las ciudades, y ciudades suntuosas: no veíamos campo alguno en que no estuviese impresa la mano del activo labrador, ni donde el corvo arado no hubiese hecho hondos surcos: los abrojos, las espinas, y las demas yerbas, que inútilmente ocupan la tierra, son allí desconocidas. Divértanos la vista de los hondos valles, en que vacadas inmensas disfrutaban abundosos pastos á la orilla de los arroyos: los rebaños se apacentaban en el declive de una colina: los espaciosos campos estaban cubiertos de doradas espigas, preciosos dones de la fecunda Ceres; y en fin los montes, adornados de pámpanos y racimos, prometian á los vendimiadores los gratos dones de Baco para alivio de los hombres.

Dijonos Mentor, que ya otra vez habia estado en Creta, y nos refirió lo que de ella sabia. Esta isla, decia, admirada de todos los estrangeros, y famosa por sus cien ciudades, mantiene cómodamente á todos los habitantes, sin embargo de que son innumerables: esto consiste en que la tierra no se cansa jamas de derramar sus frutos entre los que la cultivan. Es inagotable la fecundidad de su seno: cuantos mas son los habitantes de un pais, siempre que sean laboriosos, tanto mayor es la abundancia de que gozan sin verse jamas necesitados á envidiarse nada los unos á los otros; porque la tierra, esta benéfica madre, multiplica sus dones segun el número de hijos, que se hacen acreedores á sus frutos por medio del trabajo. La ambicion y la avaricia son el único origen de sus males: todo lo quieren, y el ansia con

que desean lo que no necesitan , les hace infelices. Si se contentaran con tener una vida sencilla , y con satisfacer sus verdaderas necesidades , se veria por todas partes rebosar la abundancia , la alegría , la paz y la union.

Así lo juzgó Minos , el mas sabio y el mejor de todos los reyes. Lo mas maravilloso que veais en esta isla , es fruto de sus leyes. La educacion de los niños , establecida por ellas , les cria sanos y robustos : acostúmbraseles desde luego á una vida simple , frugal y laboriosa ; y porque se supone que toda voluptuosidad enerva el cuerpo y el espíritu , jamas se les proponen otros placeres que el de hacerse invencibles por la virtud , y el de adquirir mucha gloria. Aquí no se hace consistir el valor en solo despreciar la muerte en los peligros de la guerra , sino principalmente en despreciar tambien las grandes riquezas y los deleites vergonzosos. Aquí se castigan tres vicios , que en otros pueblos son impunes : la ingratitude , la simulacion y la avaricia.

Por lo que hace al fausto y á la molicie , no hay necesidad de contenerlos , porque se desconocen en Creta. Aquí todos trabajan , y nadie aspira á enriquecerse. Cada uno se cree suficientemente pagado de su trabajo con una vida tranquila y arreglada , en la cual goza en paz y con abundancia de todo lo realmente necesario. Aquí no se permiten muebles preciosos , ni trages magníficos , deliciosos festines , ni palacios dorados. Los vestidos son de lana fina de hermosos colores ; pero lisos y sin bordados. En las comidas hay la mayor sobriedad : bebese poco vino : el buen pan ; los frutos que los árboles ofrecen como por sí mismos , y la leche de los ganados , son los principales manjares. Cuando mas , se come un poco de carne , pero sin aliños ni salsas ; te-

niendo siempre el mayor cuidado de reservar para la agricultura las mejores reses de las grandes vacadas , á fin de que siempre esté floreciente. Las casas están aseadas , son cómodas y alegres , pero sin adornos. No se ignora la sublime arquitectura ; pero está reservada á los templos , y no se atreverian los hombres á tener casas semejantes á las de los dioses. Los grandes bienes de los Cretenses consisten en la salud , la fuerza , el valor , la paz , y la union de las familias , la libertad de los ciudadanos , la abundancia de todo lo necesario , y el menosprecio de lo superfluo , el hábito al trabajo , y el horror á la ociosidad , la emulacion por la virtud , la sumision á las leyes , y el temor de los justos dioses.

Yo le pregunté en que consistia la autoridad del rey : y me respondió , en que todo lo puede sobre los pueblos ; mas las leyes lo pueden todo sobre él. Su poder es absoluto por hacer bien ; pero tiene las manos atadas cuando quiere hacer mal. Las leyes le confían el gobierno de los pueblos como el mas sagrado de todos los depósitos , pero con la condicion de que sea el padre de sus vasallos. Quieren que un solo hombre sirva con su sabiduría y con su moderacion á la felicidad de tantos otros , y no que tantos hombres sirvan con su miseria é infame esclavitud de lisongear el orgullo y la molicie de uno solo. Un rey no debe tener mas que sus vasallos , sino aquello que le sea absolutamente preciso para alivio de sus penosas funciones , ó para inspirar á los pueblos el respeto que deben al que es el apoyo de las leyes. Por lo demas , debe ser mas sóbrio , mas enemigo de la molicie , y estar mas exento de fausto y altanería que ningun otro. No debe tener mas riquezas ni mas placeres , pero sí mas sabiduría , mas virtud , y mas gloria que los demas. Fuera de sus estados debe ser el defensor de la

patria, mandando los ejércitos; y dentro el juez de sus pueblos, que les haga buenos, sabios y felices. No le hacen los dioses rey para sí propio, ni lo es mas que para ser el númen tutelar de sus pueblos, á ellos debe todo su tiempo, todos sus cuidados y todo su afecto, y en tanto será digno del trono, en cuanto se olvide de sí mismo por sacrificarse al bien público.

Minos, que amaba mas á su pueblo que á su propia familia, no quiso que le sucediesen sus hijos, sino con la condicion de que reinarian segun sus máximas, por medio de las cuales elevó el poder y la felicidad de Creta á tan alto grado, así como eclipsó con su moderacion la gloria de los conquistadores que fundan la suya en hacer que los pueblos sirvan á su propia grandeza, esto es, á su vanidad; y en fin así fué como por su rectitud mereció que en los infiernos se le hiciese supremo juez de los muertos.

Mientras que Mentor nos decia esto, arribamos á la isla. Vimos el famoso laberinto, obra del ingenioso Dédalo (1), el cual era una imitacion del gran laberinto que habíamos visto en Egipto. Estando contemplando este curioso edificio, notamos que el pueblo cubria la playa, y que corria en tropel á un parage bastante in-

(1) Dédalo, hijo de Hymetion y padre de Icaro, fué un artífice famosísimo. Dejó Aténas su patria, y vino á ponerse al servicio de Minos, por cuyo mandato ejecutó aquel famoso laberinto con tanta arte y tantos rodeos, que no podian salirse de él los que habian entrado. Allí fué él mismo detenido preso con su hijo Icaro por haber ofendido al rey, pero halló medio de hacerse unas alas para escaparse volando por los aires; ó mas bien así es que han llamado las velas de un navío cuyo uso inventó cuando quiso retirarse de Creta.

mediato á la orilla del mar. Preguntamos la causa, y he aquí lo que nos refirió un Cretense llamado Nausicrates.

Idomeneo, hijo de Deucalion, y nieto de Minos, fué como los demas reyes de la Grecia al sitio de Troya. Despues de la ruina de aquella ciudad se hizo á la vela para volver á Creta; pero fué tan violenta la tempestad que sobrevino, que el piloto de su nave y los demas espertos en la navegacion creyeron inevitable el naufragio. Todos veian la muerte ante sus ojos, y abiertos los abismos para tragarles, y todos lloraban su desgracia, no esperando ni aun el triste reposo que alcanzan los manes de los que logran ser sepultados para pasar la Estigia. En esta situacion levanta Idomeneo los ojos y las manos al cielo, y esclama invocando á Neptuno: ¡O poderoso dios! tú, que tienes el imperio de las ondas, dignate de oír á un desgraciado. Si me concedes que vuelva á ver la isla de Creta, á pesar del furor de los vientos, te ofrezco en sacrificio la primera cabeza que se presente á mi vista.

Entretanto su hijo, impaciente por verle, se apresura á salir á recibirle para abrazarle: ¡infeliz! no sabia que esto era correr á su perdicion. Fuera Idomeneo del peligro, arriba al deseado puerto: da gracias á Neptuno porque oyó sus plegarias; pero bien pronto conoció cuan funestas le eran. Un presentimiento de su desgracia le causaba el mas íntimo arrepentimiento de su voto indiscreto: tenia llegar al seno de su familia, y ver lo que mas amaba en el mundo; pero la cruel Nemesis (1),

(1) Nemesis, hija de Júpiter y de la Necesidad, presidia al castigo de los delitos. Tenia un templo famoso en Ramno, ciudad del Atica.

diosa implacable , siempre atenta á castigar á los hombres , y particularmente á los reyes orgullosos , impelia á Idomeneo con mano fatal é invisible. Llega ; y apenas se atreve á levantar la vista , vé á su hijo , y retrocede horrorizado : en vano buscan sus ojos alguna otra cabeza ménos querida que pueda servir de víctima.

No obstante el hijo se arroja á sus brazos , y queda sorprendido de que su padre corresponda tan mal á su ternura : véle anegado en lágrimas , y le dice : Padre mio , ¿ de qué proviene esta tristeza ? ¿ será posible que despues de tan larga ausencia sintais el volveros á ver en vuestro reino , y causar la alegría de vuestro hijo ? ¿ en que he podido ofenderos ? ¿ tanto horror os causa mi presencia que volveis los ojos por no verme ? Oprimido de dolor el padre no le responde. Por fin despues de exhalar profundos suspiros : ¡ Ah, Neptuno ! exclamó , ¿ qué es lo que te he prometido ? ¡ A cuanta costa me has librado del naufragio ! Vuélveme á las olas , que estrellándome contra las rocas debian acabar con mi vida ; pero conserva la de mi hijo. ¡ O dios cruel ! recibe , aquí tienes mi sangre , no se derrame la suya. Dicho esto sacó la espada para traspasarse ; pero se lo impidieron los que allí estaban.

El anciano Sofrónimo , intérprete de la voluntad de los dioses , le aseguró que podia aplacar á Neptuno sin dar la muerte á su hijo. Vuestra promesa , le dijo , ha sido imprudente : á los dioses no se les honra , se les ofende con crueldades : guardaos de añadir á la imprudencia del voto la temeridad de cumplirle contra las leyes de la naturaleza. Ofreced á Neptuno cien toros blancos como la nieve : haced que corra su sangre al rededor de su altar adornado de flores ; y quemad en su honor olorosos incienso.

Oíalo Idomeneo con la cabeza baja , y sin responder palabra : sus ojos estaban incendidos de furor , y su rostro pálido y desfigurado mudaba de color á cada instante : un temblor continuo se habia apoderado de sus miembros. Viéndole su hijo en este estado , le dijo : aquí me teneis , padre mio , dispuesto á morir por aplacar á Neptuno ; no os espongaís á ser víctima de su enojo : yo moriré contento por salvar vuestra vida. Herid , padre mio ; no temais hallar en mí un hijo indigno de vos : la muerte no le intimida.

En el momento en que acabó de hablar , Idomeneo se desmayó , y como agitado por las furias infernales , se arrojó á los que le observan de cerca , y traspasa el pecho de la mano á el corazon de su hijo : retírala humeando para atravesarse con ella las entrañas ; y se desmayó á contener los que le asistian. La tierra bañado en su sangre ; las sombras cubren sus ojos ; entreábrellos buscan bien la halla , cuando la pierde para caer en medio del campo , arrancado de raíz , que macilento desfallece sin poderse levantar ; si bien no ha perdido aquella hermosa flor que tanto agrada á la vista , queda no obstante porque ya la tierra no le sustenta : así al hijo de Idomeneo , semejante á una delicada y tierna flor , le arranca la suya en la primavera de sus años. El padre queda insensible en fuerza de su dolor : ni sabe donde está , ni lo que ha hecho , ni lo que debe hacer ; marcha trémulo á la ciudad , y pide su hijo.

Pero el pueblo , compadecido de este y horrorizado de la bárbara accion del padre , grita que los justos dioses le habian abandonado á las furias. El furor les provee de armas : toman palos y piedras , y la discordia der-

rama en los corazones el mortífero veneno de la venganza. Y en este momento los Cretenses, los sabios Cretenses, se olvidan de la sabiduría que les caracteriza, y desconocen al nieto del sabio rey Minos: los amigos de Idomeneo no hallan otro medio de salvarle que volverle á las naves: embárcanse con él, y huyen adonde el viento quiera llevarlos. Vuelto en sí Idomeneo, les agradeció que le hubiesen sacado de una tierra regada con la sangre de su hijo, y en la que le hubiera sido imposible permanecer. El viento les conduce hácia la Esperia, y van á fundar un nuevo reino en el país de los Salentinos (1).

Viéndose los Cretenses sin rey que los gobierne, han acordado elegir uno que mantenga en todo su vigor las leyes establecidas; y ved aquí los medios de que se valen para la elección. Ya están juntos todos los principales ciudadanos de las cien ciudades, y se ha dado principio á las sesiones por los sacrificios: convócanse á los sabios mas famosos de los países vecinos, para que juzguen de la sabiduría de aquellos que parezcan dignos del mando. Dispónense juegos públicos en que los concurrentes puedan dar muestras de su valor, porque el cetro que se ofrece por premio, se ha de adjudicar al que mas se aventaje en los dotes del alma y del cuerpo. Los Cretenses quieren un rey ágil y robusto, sabio y virtuoso; sin que el ser extranjero sirva de obstáculo, pues á todos se llama.

Después que Nausicrates nos refirió esta maravillosa

(1) El país de los Salentinos es hoy la parte meridional de la tierra de Otranto, sobre el mar Ionio, en el reino de Nápoles.

historia: apresuraos, nos dijo, á venir á nuestra asamblea, combatiréis con los demas; y si los dioses destinan la victoria para alguno de vosotros, será rey de esta isla. Seguimosle, no con deseo de vencer, sino movidos de la curiosidad de ver una cosa tan extraordinaria.

Llegamos, pues, á una especie de circo muy capaz, situado en el centro de un espeso bosque; y en medio del circo estaba el palenque para los combatientes, y á su rededor levantado un grande anfiteatro de verdes céspedes, en el cual estaba sentado por su orden innumerable pueblo. Cuando llegamos, fuimos honoríficamente recibidos de los Cretenses, los cuales ejercen la hospitalidad mas noble y religiosamente que ningún otro pueblo del mundo. Hiciéronnos sentar, y nos convidaron á combatir. Mentor halló excusa en su edad y Hazael en su quebrantada salud.

Pero á mi juventud y vigor ninguna excusa les quedaba: sin embargo miré á Mentor por si descubria su dictámen; y luego que le conocí acepté la oferta, y me despojé de mis ropas: derramaron con abundancia aceite suave y lustroso por todos mis miembros, y me incorporé con los demas combatientes. Por todas partes oí que se decia: este es el hijo de Ulises que aspira á ganar el premio. Conociéronme muchos Cretenses, que durante mi niñez habian estado en Itaca.

El primer combate fué él de la lucha. Un Rodio, como de treinta y cinco años de edad, venció á cuantos osaron ponerse delante. Conservaba todavía el vigor de la juventud: eran sus brazos nerviosos y robustos: al menor movimiento se le descubrían todos los músculos, y su agilidad era igual á su fuerza. Yo no le parecí digno de ser vencido; y así fué que, compadeciéndose de mis pocos años, quiso retirarse; mas yo me avancé á él, y

entonces nos asimos , y nos estrechamos tanto , que ni aun podíamos respirar. Oprimíamos nuestros pechos el uno con él del otro , y cada uno afirmaba sus pies en los de su adversario. Teníamos los nervios en toda su rigidez , y con los brazos entrelazados como serpientes hacíamos mutuamente el último esfuerzo para hacernos perder tierra. Tan pronto intentaba el Rodio sorprenderme , impeliéndome hácia un lado , como se esforzaba á doblegarme hácia otro. Pero mientras que así me tanteaba , me ceñí tan estrechamente á su cintura , que logré quebrantándosela , dar con él de espaldas en la arena , y en su caída me llevó tras sí. En vano anhelaba á ponerse encima , ni aun moverse le dejé , hasta que el pueblo exclamó : victoria por el hijo de Ulises ; que entonces le ayudé á levantarse al avergonzado Rodio.

Mas peligroso fué el combate del cesto (1) : habíase adquirido en él la mas alta reputacion el hijo de un rico ciudadano de Samos : todos le cediéron la victoria , ménos yo que esperaba alcanzarla. Dióme al principio dos golpes , uno en la cabeza , y otro en el pecho , que me hicieron vomitar sangre , y me perturbáron la vista. Ya empecé á vacilar viéndome estrechado por todas partes , y que me iba saltando hasta el aliento ; pero me reanimó una voz de Mentor , en que me dijo : hijo de Ulises , ¿ serás tú acaso el vencido ?

La ira me suministró nuevas fuerzas : evité muchos golpes que me hubieran abrumado : tiróme uno con tal violencia que dando por mi fortuna en vago , quedó con

(1) Era propiamente una especie de esgrima que se hacia á puñetazos. Armábanse las manos los atletas con unas gruesas correas de vaqueta , y esto se llamaba el cesto.

el brazo tendido , y el cuerpo inclinado : sorprendíle en esta actitud , é ya empezaba á retroceder , cuando alcé mi cesto para caer sobre él con mas fuerza : quiso evitarlo ; pero perdiendo el equilibrio , me ofreció el medio de aterrarle : cayó con efecto , y al instante le alargué la mano para levantarle ; mas hízolo él por sí solo , aunque cubierto de polvo y de sangre , no ménos que de vergüenza , sin atreverse á renovar el combate.

Inmediatamente se dió principio á la carrera de los carros , los cuales se repartieron por suerte. El que á mí me tocó fué el mas inferior , así en la ligereza de las ruedas , como en el brio de los caballos. Partimos , pues ; y muy luego se levantó una nube de polvo que ocultó el cielo. Al principio les dejé á todos pasar delante , pero un jóven Lacedemonio , llamado Crantor , á todos iba dejando atrás : el que le seguia mas de cerca era un Cretense , llamado Policeto. Hipomaco , pariente de Idomeneo , y que aspiraba á sucederle , dando rienda á sus caballos , cubiertos de humo de su propio sudor , iba todo ya reclinado sobre sus flotantes crines , y era tan rápido , que no se veía el movimiento de las ruedas de su carro , así como no se vé él de las alas del águila cuando hienden los aires. Animáronse mis caballos , fuéron poco á poco cobrando aliento , y dejando atrás á casi todos los que habian partido con tanto ardor. El exceso con que el pariente de Idomeneo , Hipomaco , heria sus caballos , fué causa de que tropezase el mas valiente , y con su caída quitase á su dueño la esperanza de reinar.

No fué mas dichoso Policeto , que por inclinarse demasiado sobre los suyos , no se pudo sostener en un tropezon que dió su carro : cayó , fuéronse las riendas , y no fué poca su fortuna en salvar la vida. Viendo

Crantor con la mayor indignacion que yo le iba muy á los alcances , redobla su corage ; é ya invoca á los dioses prometiéndoles ricas ofrendas , é ya grita á sus caballos para reanimarlos. Temia , y con razon , que yo pasase entre él y la meta ; porque mis caballos , ménos fatigados que los suyos , estaban en estado de ponerse delante , sin que le quedase otro arbitrio para evitarlo que él de cerrarme el paso. Y así fué que por conseguirlo , se espuso á estrellarse contra la meta , y con efecto se le rompió en ella una rueda. Yo entónces , aprovechándome del favor que la suerte me ofrecia , tomé prontamente la vuelta , para que el desórden de mi adversario no me impidiese llegar al fin de la carrera , donde con efecto me vió un momento despues. Y el pueblo exclamó segunda vez : victoria por el hijo de Ulises : él es el rey que los dioses nos destinan.

Acabado esto , fuimos conducidos por los mas ilustres y sabios Cretenses á un bosque sagrado apartado de la vista de los hombres profanos : en él nos reuniéron los ancianos que Minos habia instituido jueces del pueblo y guardas de las leyes , y no admittieron sino á los que habíamos combatido en los juegos. Abrieron los sabios el libro en que estaban recopiladas todas las leyes de Minos. Sentíme llenar de respeto y de confusion al acercarme de aquellos ancianos , á quienes hacia venerables la edad , sin enervarles el vigor del espíritu. Estaban sentados por su órden , é inmóviles en sus asientos. El cabello les habia encanecido con los años , y muchos de ellos le tenian ya casi todo caido. Véase resplandecer en sus semblantes la circunspeccion , el agrado y la tranquilidad , compañeros inseparables de la verdadera sabiduría : ni se apresuraban por hablar : ni cuando hablaban , decian mas que lo que llevaban resuelto. Si dis-

cordaban en los dictámenes , era tal la moderacion con que cada uno sostenia el suyo , que cualquiera hubiera creido que eran todos de una misma opinion. La larga esperiencia de lo pasado , y el hábito al trabajo , les daban grandes conocimientos sobre cualquiera materia : y lo que mas rectificaba su razon era la tranquilidad del ánimo , exento ya de las locas pasiones , y de los caprichos de la fogosa juventud. La prudencia era el único móvil de sus acciones , y el fruto de su constante virtud tener tan sugetos á la razon sus deseos , que ya gozaban , sin trabajo , del noble placer de seguirla en todas sus operaciones. La admiracion que me causaron hizo nacer en mí el deseo de que se me cortase la vida por llegar cuanto ántes á una tan apreciable vejez. Parecíame desgraciada la juventud , por ser tan impetuosa , y estar tan distante de aquella virtud consumada , de aquella tranquilidad que nacen de la esperiencia.

El principal de los ancianos abrió el libro , que era un gran volúmen , y se custodiaba de ordinario en una caja de oro , envuelto en aromas.

Todos los ancianos le besaron con respeto porque decian , que despues de los dioses , de quienes emanan las buenas leyes , nada debe ser tan sagrado para los hombres como aquellas que se dirigen á hacerlos justos , sabios y felices. Los que tienen á su cargo el juzgar por ellas á los pueblos , deben ser los primeros en respetarlas y obedecerlas ; porque no ha de ser el hombre el que reine , sino la ley. Este era su dictámen. Despues propuso él que presidia tres cuestiones , que debian resolverse segun las máximas de Minos.

Era la primera saber cual fuese el mas libre de todos los hombres. Unos respondiéron , que era un rey que tuviese un imperio absoluto sobre sus pueblos , y que al

mismo tiempo fuese vencedor de todos sus enemigos. Otros sostuvieron que él que tuviese las riquezas necesarias para satisfacer sus deseos. Otros, que era el mas libre el que nunca se casaba, y empleaba toda la vida en viajar por diferentes países, sin estar sujeto á las leyes de ninguno. Otros, que lo era el salvaje, que, manteniéndose de la caza, vivía en los bosques independiente de toda necesidad y policia. Creyeron otros, que era el recién liberto, que pasando de los rigores de la esclavitud á las dulzuras de la libertad, sabría disfrutarlas mejor que otro ninguno. En fin, otros opinaron que un moribundo era el mas libre, porque la muerte de todo le libraba, y despues todos los hombres juntos no tenían sobre él poder alguno.

Cuando me tocó hablar, no me costó trabajo responder, porque tenia presente lo que tantas veces me habia dicho Mentor. El mas libre de todos, respondí, es el que sabe serlo en la esclavitud misma. En cualquier país, en todos los estados, es libre el hombre que teme á los dioses, y á nadie teme sino á ellos. En una palabra, el hombre verdaderamente libre es aquel que nada teme, ni desea nada, y que solo se somete á los dioses y á la razon. Miráronse los ancianos unos á otros, sonriéndose, y se maravillaron de que mi respuesta fuese precisamente la de Minos.

Propúsose despues la segunda cuestion en estos términos: ¿Quién es el mas infeliz de todos los hombres? cada uno dijo lo que le ocurrió: uno, que él mas infeliz era él que no tenia bienes, salud ni honra: otro, que lo era él que no tenia ningun amigo: otro, que él que tenia hijos ingratos é indignos de él. Un sabio de la isla de Lesbos dijo: El mas infeliz de todos los hombres es el que cree serlo: porque la infelicidad depende ménos

de lo que el hombre padece, que de la impaciencia con que aumenta su desdicha.

Al oír este dictámen, toda la asamblea prorumpió en aplausos: cada cual creyó que este sabio ganaria el premio de esta cuestion. Sin embargo me preguntaron cual era mi parecer; y siguiendo las máximas de Mentor, respondí: el mas infeliz de todos los hombres es un rey que cree que su felicidad consiste en hacer miserables á los demas hombres. Su ceguedad duplica su desgracia; porque como no conoce el mal que padece, no solo le es imposible curársele, sino que teme conocerle. La verdad no puede penetrar hasta él por entre tanta turba de aduladores como le rodea. Tiranízale sus pasiones: no conoce las obligaciones que tiene: jamas ha sentido el placer que resulta de hacer bien, ni él que inspira la santa virtud á los que la profesan. Este sí que es infeliz, y merece serlo: su desdicha va siempre en aumento: corre á su perdicion, y los dioses se preparan á confundirle con un castigo eterno. Oido mi parecer, toda la asamblea tuvo por vencido al sabio Lesbio; y los ancianos declararon que yo habia con efecto acertado con el dictámen de Minos.

Por tercera cuestion se propuso: ¿Cuál era preferible, un rey conquistador é invencible en la guerra, ó él que sin esperiencia de ella fuese á propósito para gobernar sus pueblos, y civilizarlos en la paz? Los mas estudiaron por el primero: ¿porqué de que sirve, decian, que un rey gobierne bien en paz, si en tiempo de guerra no sabe defender sus estados? en este caso él quedará vencido, y su pueblo esclavizado. Otros por el contrario sostenian que el rey pacífico seria mejor, porque temiendo la guerra, procuraria evitarla. A otros les parecia que el rey conquistador, al paso que exáltase su

gloria, acrecentaria la felicidad de sus vasallos, haciéndoles dueños de otras naciones, en vez de que el rey pacífico les tendria en una vergonzosa ociosidad. Quisieron saber mi parecer y le espuse de esta suerte.

Un rey que no sabe gobernar sino en la paz, ó en la guerra, y que no es capaz de hacerlo en ámbos estados, no es mas que rey á medias. Pero comparado el que no sabe mas que el arte de la guerra con un rey sabio, que sin entender de ella sea capaz de sostenerla por medio de sus generales, hallo que este es preferible á aquel. Un rey enteramente decidido por la guerra, querrá estar siempre en ella para estender sus dominios, y acrecentar su gloria; y de este modo arruinará á su pueblo. ¿Qué interés tiene este en que su rey subyugue á otras naciones, si él vive infeliz bajo de su dominacion? Además de que las largas guerras traen siempre consigo muchos desórdenes, los mismos vencedores incurren en ellos durante este tiempo de confusion. ¿Cuanto no ha costado á la Grecia el haber triunfado de Troya? ¿cuanto no ha padecido en los años que se ha visto privada de sus reyes? Cuando la guerra todo lo contamina, lo mas sagrado no está á cubierto de sus lastimosos efectos: las leyes desfallecen, las artes se descuidan, y la agricultura se arruina. En la guerra aun los mejores príncipes se ven precisados á hacer el mayor de todos los males, cual es tolerar la licencia, y servirse de los perversos. ¿Cuantos malvados hay á quienes se castigaria en tiempo de paz, y que mientras duran los desórdenes de la guerra se hace preciso, no solo disimular, sino aun premiar su audacia! Jamas ha existido un pueblo que teniendo un rey conquistador, no haya sufrido infinito por su ambicion. Un conquistador, embriagado de su propia gloria, casi tanto arruina á su na-

cion victoriosa, como á las naciones vencidas. Un príncipe que no tenga las cualidades necesarias para la paz, mal podrá disponer á sus vasallos á que gocen los frutos de una guerra felizmente concluida. Seria semejante á uno que defendiese su heredad contra las invasiones de su vecino, y á este le usurpase la suya; pero que no supiese cultivar ni sembrar para coger fruto alguno. De un hombre semejante diríamos con razon, que mas parecia haber nacido para destruir, asolar y trastornar el mundo, que para hacer feliz un pueblo por medio de un sabio gobierno.

Vengamos ahora al rey pacífico. Es cierto que no es á propósito para grandes conquistas, esto es, no ha nacido para turbar la tranquilidad de su pueblo, queriendo subyugar á las naciones que la justicia ha negado á su dominio; pero si es verdaderamente apto para gobernar en paz, tiene cuanto necesita para defender su reino de sus enemigos. Ved aquí como siendo justo, moderado y tratable con sus vecinos, no es posible que emprenda contra ellos cosa alguna que pueda alterar la paz: siendo fiel en sus alianzas, será amado, no temido de sus aliados, y tendrán en él una plena confianza: si tuviese algun vecino inquieto, altivo y ambicioso, todos los reyes vecinos, que necesariamente estarán alarmados contra él, se unirán al rey pacífico, que no les da zelos para impedir que aquel le oprima. La probidad, la buena fé y la moderacion le harán árbitro entre los estados que rodeen el suyo. Y mientras que el rey emprendedor es odioso á los demas, y está siempre espuesto á sus ligas, el pacífico tiene la gloria de ser como un padre y tutor de los otros reyes. Estas son las ventajas que goza fuera de su reino.

Pero aun son mas sólidas las que logra dentro. Supo-

niéndole apto para gobernar en paz, es consiguiente que lo haga por medio de las mas sabias leyes; y como estas condenan el fausto, la molicie y todas las artes que no sirven mas que de lisongear los vicios, es preciso que ponga sus conatos en que florezcan las que son útiles y realmente necesarias á la vida, particularmente la agricultura; por cuyo medio proporcionará á sus vasallos la abundancia de todo lo necesario. Un pueblo laborioso, de costumbres sencillas, y enseñado á vivir con poco, como que cultivando la tierra adquiere fácilmente lo que necesita, se multiplica hasta el infinito: y ved ahí como se puebla prodigiosamente un estado de ciudadanos vigorosos y robustos, no afeminados con los deleites, sino endurecidos en el ejercicio de la virtud: no apegados á las delicias de una vida muelle y regalada, sino dispuestos á despreciar la muerte, y que mas bien querrian perder la vida que la libertad que gozan bajo el gobierno de un rey sabio, que solo desea reinar porque reine la razon. Que se venga un conquistador á invadir este pueblo, acaso no le hallará bastante instruido en acamparse, ponerse en órden de batalla ni en el manejo de las máquinas de sitio; pero le hallará invencible por su muchedumbre; y por su valor: por su paciencia en las fatigas, y por la costumbre de sufrir la pobreza: por su intrépidez en los combates; y lo que es mas, por una virtud que jamas sucumbirá á la adversidad de los sucesos. Ademas, si este rey no tiene toda la experiencia necesaria para mandar por sí los ejércitos, sabrá á lo ménos elegir sugetos capaces y servirse de ellos, sin perder nada de su autoridad. Sus aliados le darán auxilios: sus vasallos ántes querrán morir que pasar al dominio de otro rey violento é injusto; los mismos dioses combatirán

por él. ; Ved qué recursos no tendrá aun en medio de los mayores peligros!

De todo concluyo que el rey pacífico, que ignora el arte de la guerra, es un rey muy imperfecto, pues no sabe desempeñar una de sus mas principales obligaciones, cual es la de vencer á sus enemigos; pero añado, que sin embargo es infinitamente superior al rey conquistador, que carece de las cualidades necesarias para gobernar en tiempo de paz, y que solo las tiene para mandar en la guerra.

Advertí que á muchos de la asamblea no satisfizo mi dictámen, porque la mayor parte de los hombres, deslumbrados con el esplendor de las cosas brillantes, como las victorias y las conquistas, prefieren esto á lo que de suyo es sencillo, tranquilo y solido, como la paz y la buena policía de los pueblos; mas todos los ancianos declararon que mi parecer era conforme al de Minos.

El principal de ellos exclamó: Ya veo cumplido el oráculo de Apolo, sabido por toda nuestra isla. Habia consultado Minos á este dios para saber cuanto tiempo reinaria su estirpe, segun las leyes que acababa de establecer; y le fué respondido: Los tuyos dejarán de reinar cuando un estrangero entre en tu isla para hacer reinar en ella tus leyes. Nosotros temíamos que algun estrangero viniese á conquistar á Creta, mas la desgracia de Idomeneo, y la sabiduría del hijo de Ulises, que es entre los mortales él que mejor entiende las leyes de Minos, nos aclaran el sentido del oráculo. ¿En qué nos detenemos pues, que no coronamos al rey que nos da el destino?

FIN DEL LIBRO QUINTO.